

## Introducción a la Sección Temática Especial

### Sección de Teoría Social

Título: “Nuevas perspectivas críticas sobre el amor”

Coordinadora/Autora: Eugenia Fraga

#### *1. Breve recorrido histórico del concepto*

El amor siempre fue un tema sobre el que los seres humanos se vieron compelidos a reflexionar. Desde los textos clásicos de Platón o Aristóteles, los medievales de Agustín o Aquino, los renacentistas de Ficino, hasta los modernos de Hegel, Kierkegaard o Levinas, y, dentro de este período, los específicamente románticos de Schiller, Schelling y Schlegel, el concepto del amor fue central en la tradición filosófica -y teológica-. Sin embargo, desde el siglo XX en adelante, son las ciencias sociales las que más se han apropiado de este ancestral -aunque siempre actual- objeto de estudio.

En primer lugar, el amor y la sexualidad fueron el foco de interés del naciente psicoanálisis. De Freud en adelante, han sido diversas variantes de la teoría crítica -la cual combina psicoanálisis con marxismo- las que nos han brindado algunas de las ideas más innovadoras sobre estos tópicos. Así, por ejemplo, las de Erich Fromm sobre el arte terapéutico de amar, las de Herbert Marcuse sobre el poder subversivo de eros, o las de León Rozitchner sobre la unión corporal como respuesta al egoísmo capitalista.

En paralelo a lo anterior, otras variantes de ciencia social crítica, desde la filosofía social hasta el ensayismo social, pasando por la sociología, se ocuparon de estudiar el fenómeno social -económico, político y cultural- del amor. En este caso, resaltan los escritos pioneros de Georg Simmel sobre el coqueteo como arte y juego, y los de Max Weber sobre la comunidad erótica. Un poco más adelante, los textos de Norbert Elias sobre su proceso de construcción histórica en el pasaje a la modernidad; los de Zygmunt Bauman sobre su condición líquida en las sociedades contemporáneas; los de Anthony Giddens sobre las transformaciones recientes de la intimidad; o los de Niklas Luhmann sobre las imposibilidades comunicativas dentro de las sociedades funcionalmente diferenciadas.

Pero también, cabe subrayar la contribución de otros nombres menos canonizados en el campo de las ciencias sociales críticas, aunque igual de importantes respecto de la cuestión del amor. Así, los estudios sobre el caos amoroso y las nuevas formas de la familia de Elisabeth Beck-Gernsheim; los análisis sobre el romanticismo, su utopía y su condición de clase de Eva Illouz; las disquisiciones de Axel Honneth sobre el amor como forma de reconocimiento y sus contrarios como el irrespeto y la reificación; y la distinción entre amor, eros y ágape en las investigaciones de Luc Boltanski.

Por último, no podemos dejar de mencionar los aportes que al tema del amor se han hecho desde la perspectiva feminista y los estudios de género. Por solo nombrar algunas voces, tenemos aquí a Bell Hooks y su ética del amor, a Luce Irigaray y su dialéctica entre-dos, a Yuliya Kristeva y el matrimonio como una de las bellas artes, a Heléne Cixous y el amor de los lobos, o a Martha Nussbaum y la conexión entre amor, ética y justicia.

## *2. El amor y las sociedades contemporáneas*

Más allá de las referencias teóricas, el amor y sus problemas afines -como la corporalidad, la sexualidad, la identidad, la subjetividad o la afectividad- adquieren relevancia contemporánea dadas las transformaciones de las sociedades actuales que impactan sobre su naturaleza, sus posibilidades y sus limitaciones, adquiriendo el amor formas siempre nuevas.

En este marco, aparecen como especialmente relevantes las cuestiones de la heteronormatividad y las relaciones de poder entre los géneros; las propuestas de relaciones monogámicas más democráticas pero también de relaciones poliamorosas; el impacto en los vínculos amorosos de la cultura dominante en general, y específicamente de los medios de comunicación de masas y de las redes sociales; la intersección de las dimensiones de clase, y etnia en las formas del lazo amoroso; las interrelaciones entre amor y política y las consecuencias para el amor de la liberación sexual; las oportunidades y obstáculos para el amor en tiempos de creciente aislamiento y distanciamiento social.

Amor y salud, amor y edad, amor y trabajo. Pero también, por qué no, el desafío de pensar el amor más allá del ámbito de lo romántico o la pareja: el amor

como justicia social, el amor como diálogo intercultural, el amor como fervor religioso, el amor como amistad, el amor como cuidado familiar, o el amor como protección de la naturaleza.

### *3. Investigaciones sobre el amor en Argentina*

El amor, en sus distintas variantes y problemáticas, también viene siendo foco de estudio por parte de muchos investigadorxs argentinxs. Así, en los últimos años, Laura Fernández Cordero indagó en diversas propuestas de amor anarquista, y Dora Barrancos en heterogéneas perspectivas de amor comunista. Alejandra Oberti profundizó en variadas prácticas de amor setentista, y Adrián Scribano en ciertas formas de amor popular. María Bjerg e Isabella Cosse reconstruyeron la historia de las viejas y nuevas formas de la familia en el país, y del amor dentro de ellas. Virginia Cano y Ernesto Meccia se adentraron en las sutilezas y especificidades del amor no heterosexual. Cecilia Macón y Mariana Palumbo profundizaron en los vínculos entre afecto, sexualidad y violencia. Y Tamara Tenenbaum y Luciano Lutereau penetraron en las nuevas formas de enamorarse y amar luego de la liberación de los roles de género tradicionales.

En la Sección temática especial del Área de teoría social de la Revista *Entramados y Perspectivas* que encontrarán a continuación, otrxs investigadorxs argentinxs emergentes aceptaron la propuesta de volver y operar un giro sobre estas cuestiones, de tal modo que entre todas las contribuciones se va dibujando el mapa - aunque siempre incompleto y en permanente construcción-, de los estudios locales contemporáneos sobre el amor.

La parte del mapa que hoy les presento puede dividirse en dos territorios. En el terreno de las reflexiones teóricas se localizan los artículos de Lionel Lewkow, Tomás Ramos Mejía, Alejandro Chuca, Tomás Speziale y Eugenia Fraga. En el terreno de los estudios empíricos se ubican, por su parte, los artículos de Ernesto Meccia, Joaquín Linne, Maximiliano Marentes, Leandro Basanta Crespo y Merlina Sessano Jiménez.

#### *3a. Teorías psicoanalítico-sociales sobre el amor*

Speziale relee de manera novedosa las teorías de Sigmund Freud y de Elías Canetti para buscar en ellas unas conceptualizaciones provocativas sobre el amor por

lo otro, por lo que nos falta, partiendo de la idea de que todo sujeto colectivo -o masa- anda eternamente atormentado por aquello de lo que carece. En estas obras, amor no es identificación absoluta con un otro en el que el individuo se eclipsa para siempre; amor tampoco es allí transformarse en los otros a partir de una metamorfosis que lo vuelve más potente, poderoso: amor, por el contrario, es aceptar que siempre hay algo que no cierra, y que nos hace seres singulares: somos quienes somos por causa de todo lo demás que no somos. Amor es constituirse por un exterior. Freud muestra que participar de una formación colectiva no me homogeneiza -en la forma de una masa totalizante basada en el odio y la destrucción-, sino que destaca de mí lo irrepetible, puesto que Eros es la fuerza cohesiva del mundo. Todo sujeto está escindido, por ello busca objetos de amor con los que se identifica; pero la identificación nunca cierra el hiato, y la búsqueda de amor permanece. Y esto tanto en el amor privado como en el del espacio público: justamente es este último el que restringe el amor narcisista, sin por eso renunciar al amor en general; en la situación de masa se eliminan las intolerancias.

Por su parte, Canetti reflexiona sobre el amor por el futuro, por aquello que todavía no es pero puede llegar a ser. La masa colectiva siempre busca incluir más miembros en ella, sus límites están siempre abiertos, busca atraer a sí y siente pasión por llegar a todos. Esto implica sentir amor incluso por los que ya no están o por los que aún van a llegar -por los antepasados y por la descendencia-. En épocas de odio, violencia y guerra, es precisamente el porvenir la única esperanza. Se trata de un ideal de humanidad y universalidad: ese ser colectivo es dar lugar al apetito que hace caer nuestras inhibiciones y repulsas por los diferentes, y desear formar parte de la misma entidad. Es un amor por el otro aún cuando no lo conozco, porque ya murió, todavía no nació, o simplemente es distinto a mí. Es un amor universal que lo más probable es que esté destinado a fracasar, y que sin embargo nos mueve a querer mejorar hoy para bien del mañana. Entender al amor como engaño sagrado que hay que seguir alumbrando siempre, señala Speziale, significa amor por todo lo que falta. El amor no nos vuelve omnipotentes, sino vulnerables, y esa es su potencia.

Ramos Mejía va en busca de las teorías de Marcel Mauss, Georges Bataille y Jacques Lacan rastreando en ellas las huellas para pensar relaciones corporales, simbólicas y lingüísticas no individualistas. Mauss postula un instinto gregario en el ser

humano -una pulsión de preocupación por el mantenimiento del bienestar grupal-, cuya traducción observable -transfiguración simbólica mediante- son ciertas palabras y gestos, como los saludos y los regalos, siempre recíprocos. Lo que nos enlaza como seres sociales es la triple obligación moral de dar, recibir y devolver. Se trata de una fuerza entre mágica y religiosa: el lazo social se cimenta en el don. En la vida con otros, la opción es entre ponerse a batallar o intercambiar bienes: la primera separa, la segunda unifica, porque regalar un objeto es también regalarse uno como sujeto, y al intercambiar objetos las personas y los grupos derriban las barreras del individualismo.

Para Bataille todo cuerpo es inacabado, contiene en sí algo distinto a sí, algo heterogéneo. Son esos elementos internos/externos que nos abren al cosmos y a los otros. Entonces lo social no es un agregado de individualidades diferentes, sino el resultado de esta ineludible interpenetración de los cuerpos. Al excretar algo de dentro nuestro se lo ofrecemos al mundo y a los demás. En este marco, el erotismo es un impulso humano a la continuidad, a la indistinción respecto del entorno, que lleva al acoplamiento entre seres. Eros es una experiencia de fusión de ego en alter, que transgrede el orden discontinuo y utilitario del mundo del trabajo productivo. Entregarse a la animalidad que pervive en la humanidad pone en escena que, en cuanto a la carne, no somos un yo sino un nosotros. Finalmente, Lacan recuerda que el ser humano nace biológicamente débil y por eso dependiente de los otros, lo que lleva a una búsqueda ontológica de cuidado por la que cualquier corte en su recepción es vivida como malestar originario. Esta carencia existencial, el permanente sentimiento de algo que falta, llevan a una demanda de amor que compense la autorrepresentación -o imago- del propio inacabamiento corporal. Son las imágenes simbólicas las que nos cargan de esta energía libidinal y nos llevan a actuar buscando amor, que es una pulsión hacia el otro. Así retoma Ramos Mejía la dialéctica de la demanda: escuchar/ser escuchado, mirar/ser mirado, tocar/ser tocado, es al fin y al cabo una demanda de presencia, esa búsqueda de pruebas de amor que va y vuelve entre los sujetos.

### *3b. Teorías filosófico-sociales sobre el amor*

Lewkow aborda en detalle la perspectiva vitalista de Georg Simmel sobre el amor, mostrando sus potencialidades y limitaciones para pensar relaciones amorosas

no esencialistas en la actualidad. Y lo hace partiendo de un contrapunto con la perspectiva de Max Weber, quien definió al amor erótico como lazo de redención y plenitud, opuesto a la jaula de hierro de la existencia moderna burocratizada -es decir, que vio en el amor elementos similares a la promesa de salvación religiosa-. En una línea compatible pero diferenciada, Simmel concibió al amor como universo de sentido unitario y basado en el don, es decir, como opuesto a fragmentación que sufren los sujetos en la economía monetaria basada en el cálculo egoísta. Para Simmel, el amor constituye un mundo ideal que no necesariamente coincide con el matrimonio o la reproducción -a veces ni siquiera con la sexualidad-, y que se acerca a la aventura en tanto genera sentimientos de excepcionalidad y de celebración de la singularidad.

Por otra parte, Simmel distinguió entre un modelo de amor antiguo -basado en la filosofía de Platón- y un modelo de amor moderno. El amor antiguo era visto como reflejo trascendente -impersonal- de lo bello, puro y perfecto, en el marco de un mundo corrompido. A su vez, el amor moderno es entendido como un nexo especial entre individuos ensalzados como tales. Mientras que el amor antiguo es de carácter pedagógico -pues a través suyo se aprehenden las ideas esenciales-, el amor moderno es de naturaleza afectiva -porque permite vivenciar emociones únicas-. Pero tanto en la antigüedad como en la modernidad, el amor siempre funciona como una dialéctica entre poseer y no poseer, entre requerir y rechazar, a la que Simmel llama coquetería. Como señala Lewkow, aunque puede criticarse el carácter binario del concepto de amor simmeliano en tanto sólo refiere al vínculo entre varón y mujer -al que hay que desubstancializar-, a la vez hay que reconocerle que da cuenta de la asimetría de poder contenida en tal dualidad -semejante a la relación entre un amo y un esclavo, como la explicó G. W. F. Hegel-, así como de las condiciones indignas del ejercicio de la prostitución -que rebajan lo que podría ser amor a un intercambio mercantil en el que la persona se ve cosificada-.

Fraga busca homenajear y sistematizar la importante contribución de la recientemente fallecida pensadora y artista Bell Hooks, quien, nutrida de vertientes culturales, filosóficas y teológicas -que van desde el *soul* afroamericano y la estética oposicional, pasando por la teoría crítica y el feminismo, hasta el humanismo católico y el budismo- bosqueja una ética del amor que mucho tiene para decir sobre las desigualdades, las violencias y los egoísmos de nuestras sociedades -y nuestras

relaciones- contemporáneas. La cultura del amor de Hooks, que es también un arte de amar, se apoya en una variada serie de prácticas radicales: el amor familiar, el amor comunitario, el amor como amistad, el amor romántico, el amor social, el amor a la naturaleza, el amor en el trabajo. Por un lado, todas ellas son radicales solamente si se basan en el diálogo, cimiento para la compasión y la comprensión. Así, la reflexión colectiva entre los miembros de la relación amorosa puede llevar a alcanzar el amor entendido como reconocimiento y aceptación mutuos. Aún más, puede conducir tanto al amor al que es parecido, como al amor al que es distinto, construyendo comunidades abiertas a extraños, asentadas en el amor a la diferencia.

Justamente, una idea de amor universal facilita arribar al diálogo intercultural y a una ética humanista sostenidas en la generosidad y la renuncia como medios para el bienestar colectivo y la justicia social. El amor entendido como fuerza transformadora individual y colectiva explica el lugar central del amor en los movimientos sociales progresistas. Partiendo de la convicción de que el ser es colectivo y que el verdadero sujeto no es el yo sino el nosotros, y dada la interdependencia entre todos los seres que estimula la simpatía y la empatía entre las personas, cobra todo su sentido no solo el servicio social y el ideal de una vida sencilla sino incluso una ética del amor como forma de oposición a la lógica de dominio capitalista mediante la socialización de los recursos posibilitada por los valores de la entrega y el sacrificio. La voluntad de amor es así la antítesis de la voluntad de poder: se trata de dar en vez de tomar, del afecto en vez del abuso, de la confirmación en lugar de la humillación propia y ajena. Con todos estos elementos, Fraga muestra que el amor -entendido según Hooks- puede ser hoy una cura y una vía de redención. Pero solo si se tiene siempre presente la regla número uno: si hay violencia, no es amor.

### *3c. Teorías socioculturales del amor*

Chuca indaga en las teorías del poliamor -de Dossie Easton y Janet Hardy, o de Eric Anderson- para entender las motivaciones detrás de las relaciones afectivas y sexuales no monogámicas. Mononorma -según Marianne Pieper y Robin Bauer- es la que ve en la díada el único formato vincular deseable y legítimo, por lo que se le otorgan beneficios materiales y simbólicos: se trata de una normalización de los vínculos, que concibe a unos como normales -naturales, correctos- y a otros como

patológicos. El poliamor no busca derribar la monogamia -la relación sexoafectiva de a dos, según Brigitte Vasallo-, sino la mononorma que dice que aquella es la única alternativa válida. Pretende ampliar la variedad de modos de subjetivación, interrelacionamiento y estilos de vida aceptables, para que no sean inmediatamente catalogados como utópicos, ineficientes, inmorales, irresponsables, enfermos o egoístas. Y esto, siempre teniendo en cuenta que la relación poliamorosa es pactada, pactada, convenida, charlada y negociada por cada uno de los miembros participantes en ella. Implica formas amorosas más allá de la idea de exclusividad, con compromiso hacia más de una sola persona, y con igual de intensidad, dedicación y autenticidad.

Para ello es preciso transformar no solo hábitos de pensamiento casi automatizados, sino también cuestiones bien palpables como la organización del espacio de los hogares, de los medios de transporte, o la legislación misma. El objetivo es seguir extendiendo los límites culturales -como ocurrió por ejemplo con la homosexualidad, la sexualidad femenina, o la sexualidad no reproductiva-. Para ello, se precisa de ensayar nuevos patrones, pensar relaciones amorosas de manera menos lineal, experimentando con trayectorias más múltiples. La meta es saltar de la mononorma a la polinorma, pero evitando que las nuevas normas se conviertan en nuevas normatividades -en estructuras sociales puramente constrictivas: en reglas que ya no funcionan, o en recursos que ya no alcanzan, al decir de Anthony Giddens-. Es imaginar el amor como improvisación creativa, como contingencia radical: el amor como quizás, como puede-ser. Nuevas formas del ser-con-otro(s), a partir de aumentar el número de posibles soportes emocionales, al decir de Danilo Martuccelli. El poliamor no es hacer cualquier cosa -en una idea ilusoria de libertad absoluta, advierte Chuca-, sino que implica nuevos modos de comunicarse, de establecer acuerdos, de gestionar conflictos, de compartir experiencias.

Basanta rastrea el pasaje dos tipos de familia, en el marco de dos etapas del capitalismo: del liberalismo conservador al liberalismo hedonista, fondo sobre el cual la literatura dedicada a las clases más acomodadas en el país presentó y recomendó diversos modos de ser sujetos modernos entre el siglo XX y el XXI. Así, reflexiona sobre cómo ciertos intermediarios culturales -como los periódicos y revistas- presentan visiones del mundo y modelos de comportamiento para las personas, de modo que van construyendo diversas conciencias de clase, ancladas a su vez en diversas ideologías, y



ayudando así a moldear los estilos de vida de los grupos sociales. Se analizan entonces los textos e imágenes que dieron forma, a través de las décadas, a ciertas formas de identidad, de familia, de relación entre los sexos, con el propio cuerpo, entre generaciones, y con los objetos de consumo. Es decir, a ciertas formas, y no a otras, las cuales entonces se sobreentiende que son indeseadas, incorrectas, o que directamente aparecen negadas. Y que se enmarcan en cambios epocales como los descritos por Zygmunt Bauman, Richard Sennett o Jean Baudrillard.

Si en el liberalismo conservador se fomenta la familia nuclear -varón que trabaja y manda, mujer ama de casa y criadora de niños-, que se maneja autoritariamente, que consume alta cultura erudita, entonces lo que queda afuera son las sexualidades alternativas, las familias rotas o ensambladas, las que requieren de la ayuda de abuelos, tíos, compadres o vecinos, las parejas sin hijos, los varones desempleados, las mujeres que participan en el mercado, y todo objeto cultural considerado popular/vulgar -junto a toda forma política de populismo-. Luego, si en el liberalismo hedonista se fomenta una familia más horizontal, el cuidado del cuerpo a través del deporte y la alimentación sana, y el consumo de todo tipo de nuevas tecnologías e incluso de objetos culturales exóticos, entonces lo que ahora queda afuera es el hecho de que las mujeres tienen su trabajo duplicado -reproductivo y productivo-, pero fundamentalmente, el hecho de que no todos los sectores sociales tienen los recursos -de dinero y de tiempo- para ir al gimnasio, viajar a un país distinto cada verano, preparar comida casera, hacer actividades recreativas, charlar sobre sus problemas de pareja, e ir al psicólogo. En este marco trazado por Basanta, resalta con claridad que, a pesar de los cambios acaecidos en el capitalismo y sus formas culturales dominantes, sigue siendo mucho más fácil para algunos que para otros conformar desde familias ideales hasta relaciones afectivas satisfactorias.

### *3d. Estudios sobre el amor en jóvenes*

Linne retoma las teorías del giro afectivo -Eva Illouz, Lauren Berlant, Sara Ahmed- para pensar las nuevas formas de relacionarse afectivamente entre jóvenes, mediados por las nuevas tecnologías de comunicación. Dispositivos como redes sociales y *apps* de citas orientan una educación sentimental singular. Ellos dan la fantasía de que se puede elegir más que nunca -solo hay que mover el pulgar-, cuando

en realidad las elecciones amorosas están sesgadas socialmente -desde siempre, por la cultura, pero hoy también por algoritmos que segregan a las personas por clase, raza, etc.-. Hay una creciente modelización y predicción del comportamiento por medio de la recopilación casi infinita de datos sobre los usuarios, que formatean nuestro *ethos* amoroso y nuestra vida emocional. ¿Qué tipo de lazos sexoafectivos pueden surgir en tiempos de hipertrofia del yo -Paula Sibilia-? Unas banalizadas por *likes*, *emojis*, *stickers*, y generadoras de ansiedad crónica por “clavadas de vistos”. ¿Cómo se continúan relaciones cara a cara -y cuerpo a cuerpo-, que se iniciaron virtualmente -en perfiles editados y reeditados para mostrar exclusivamente “el mejor lado” de cada uno-? Corriendo un riesgo de mayor superficialidad y superfluidad -Bauman-. Se trata de un proceso de estandarización que refuerza problemáticas subyacentes, por ejemplo de clase y de género -Teresa de Lauretis-.

Las sociedades contemporáneas moldean una preferencia por relaciones blandas, abiertas, múltiples, nómades: hacer *marketing* de la propia persona para poder ser un emprendedor del amor. Si se puede tener millones de seguidores, ¿por qué tener una sola pareja? Es el pasaje del amor romántico al amor plástico -Giddens-, o del amor moderno al posmoderno -Gilles Lipovetsky-; las comunidades ya no se forjan en torno a entidades estables como la familia, sino flexibles como el gusto -Sennett-. Predominan conexiones interpersonales con ritmos computacionales y celular-centradas: *match*, *ghosting*, *stories*. A veces, frente a conflictos en relaciones de carne y hueso, la realidad digital es refugio/escape. Las plataformas virtuales permiten tanto una nueva forma de exhibicionismo erotizado -mediado por la educación pornográfica-, como la exhibición pulida de las parejas “perfectas” y felices. Son medios de entretenimiento -aunque también de sufrimiento-, proyectando una experiencia del amor como videojuego. Aunque se presenta como mayor liberación, la acumulación constante de experiencias excitantes es el nuevo deber -Roland Barthes-. Como concluye Linne, los “amigos” de Facebook, el sexo serial en Tinder, o las mascotas parecen cumplir esta función mejor que la figura tradicional de la pareja para toda la vida.

Sessano entrevista jóvenes, quienes afirman que las buenas relaciones erótico-afectivas son las que se basan en una buena comunicación. Como dice Paul Ricoeur, las personas construyen relatos de sus vidas (amorosas) como narración, adquiriendo así

sentido e identidad. Retoma la teoría de Illouz -quien muestra que una buena relación implica trabajo: trabajo de a dos pero también trabajo individual sobre uno mismo, para dar forma a un amor realista típico de las clases medias, en el que racionalidad y esfuerzo son la clave para cosechar éxitos en función de nuestros intereses-. Y por otro recurre a la teoría de las emociones de Arlie Hochschild -quien muestra que el amor está normativizado, y que las reglas del sentimiento le indican a las personas modos de expresarse e incluso de cambiar cuando sus emociones son “inapropiadas” según lo que se espera de cierta situación amorosa-. Así, Sessano confirma que entre los jóvenes sucede lo mismo que entre los adultos de clase media urbana heterosexual según Palumbo: que su modelo de pareja es el de los compañeros de vida que se apoyan y cuidan mutuamente mediante el diálogo y la comprensión -modelo del compañerismo que ya Cosse detectaba desde los 60's y que describía como proyecto de crecimiento personal, de complemento mutuo y de mayor horizontalidad entre los géneros-.

Para los jóvenes, la comunicación verbal explícita, que hace preguntas y exige respuestas, es el bien más valorado como herramienta a la hora de resolver conflictos de pareja. La comunicación funciona como paso previo a una acción acordada -empezar a salir, separarse, cambiar el rumbo de la relación, etc.-, lo que no significa que toda comunicación es buena, sino que hay que decir las cosas de determinados modos: no todo se quiere contar y no todo se quiere escuchar -típicamente, el tema de los celos en las relaciones abiertas-. Pero paradójicamente, hay que hablar para acordar sobre qué y hasta donde callar. También importan los tonos: los jóvenes opinan que la buena comunicación debe ser casi neutra, sin emociones fuertes -como enojos o llantos-, que la entorpecen. La pareja es así un proceso constante de negociación contractual. Y la relación con uno mismo como miembro de una pareja debe ser de introspección, para lograr el autocontrol de la expresividad. Así también, las relaciones amorosas según los jóvenes mejoran al charlar sobre ellas en terapia y con amigos.

### *3e. Estudios sobre el amor homosexual*

Meccia reconstruye historias de vida acerca de cómo se vinculaban las parejas

gays con sus familias antes del mandato de la salida del clóset, relatos que interpreta con ayuda de la microsociología y las teorías del actor. La comunicación de la identidad sexual pasa de ser algo escondido tras bambalinas a ser escenificado frente a un auditorio, pero en el medio hay una serie de pasos que van de la expresión emanada - lo que se da a entender con gestos silenciosos- a la expresión dada -verbal, explícita-, como explica la perspectiva dramaturgica de Erving Goffman. Antes de los 80 y 90 -con la llegada de las narrativas de la liberación-, los compañeros homosexuales se movían - frente a la persecución que podían llegar a sufrir si se mostraban- por una ética de la reserva, en palabras de Andrea Lacombe. Solían ser invitados a comer por las familias de sus novios, pero ellas nunca hacían explícito que a quien se invitaba era a un novio, sino a alguien a quien solo referían por su nombre, sin rótulos. Los padres nunca preguntaban y los hijos nunca contaban, pero igual eran invitados, incluso a quedarse a dormir. Para los novios, la familia propia y ajena podía ser una cápsula que protegía la relación de la sociedad aún hostil. Era un ejemplo perfecto de la “burbuja” que, explica Goffman, suele unir a los estigmatizados con su círculo íntimo.

Simmel distingue entre privacidad y secreto: todos tenemos cosas personales que no andamos contando, eso es la privacidad; secreto es solamente aquello que ocultamos conscientemente mediante estrategias de disimulo y enmascaramiento. Pero solo surge la intención de ocultar si aparece primero, del otro lado, una intención de revelar o develar. Entonces, vemos que los vínculos de amor gay de aquellas épocas no eran secretos, sino apenas privados, puesto que las familias casi siempre respetaban la intimidad de la pareja. Para Meccia, el concepto más ajustado para entender estas situaciones es el de la discreción: tanto padres como hijos eran discretos, y así podían seguir su vida juntos. La discreción no es una acción sino una omisión: es abstenerse de preguntar aquello que se intuye no se quiere -o no se puede- revelar. Habría dos formas de discreción: por preservación -no hablamos de eso para no “mancharnos” nosotros con el tabú-, o por compenetración -no hablamos de eso para no “agrandarle” el problema al otro-. Si el primer caso es más bien egoísta, el segundo es claramente empático. Pues, como diría Friedrich Nietzsche, el mayor rasgo de humanidad es intentar ahorrarle a los demás el sentirse avergonzados -cuando aún no hay condiciones sociales para poder vivir ese amor como fuente de orgullo-.

Marentes intenta explicar el amor más allá de las regularidades socio-

estructurales, las estandarizaciones tendenciales de la conducta social, o las dimensiones sociológicas típicas como clase, barrio, edad, estilo de vida, para captar en cambio su misterio, su magia, su encanto. Esto va en consonancia con la demanda de las personas de que los demás tengan en cuenta sus particularidades, la singularidad de sus historias de amor, e incluyan sus propias explicaciones para entender los fenómenos afectivos. Por ejemplo, explicaciones que van desde los “presentimientos” hasta los sueños, pasando por las “intuiciones” y el tarot, y que permiten a los actores sociales experimentar su vida amorosa como especial y única. Es pasar de pensar al amor como causalidad, a pensarlo como casualidad: para los enamorados, no se trata tanto de buscar el por qué, sino de contar el cómo. Como muestran los análisis de Illouz, la utopía romántica le devuelve trascendencia a un mundo desencantado - aunque también muestran que la idea del amor como reservorio de autenticidad es producto de los medios de comunicación masivos mercantilizados-. Aunque el de Marentes es un estudio de parejas gays, los elementos que señala son perfectamente observables también en parejas heterosexuales.

Basándose en Hochschild, les pregunta a sus entrevistados sobre el amor que entienden no como un enamoramiento abstracto, sino como un enamorarse de alguien concreto en situaciones concretas, que son las que le dan sentido a cada pareja-mundo. En el sentido de Bruno Latour, la pareja es un mundo porque es un ensamblaje no solo entre personas, sino también con momentos, espacios, cosas: símbolos, paisajes, regalos, peleas, “energías”, terceros en discordia, derechos constitucionales... todos objetos con carga emotiva, diría Randall Collins. Los individuos, entonces, hablan del “encuentro” oportuno por oposición a la búsqueda obsesiva, y de las “conexiones” inconscientes en vez de las elecciones racionales. Lo más importante, en sus vivencias, no es lo que explica la homogamia -el hecho de que la mayoría de las parejas se da entre personas de extracción socioeconómica similar-, sino poder resaltar todo tipo de afinidades imprevisibles, impensadas, inesperadas: no explicables como regularidad, sino como sorpresas del destino, como “atracciones” espirituales, místicas y cuasi-religiosas. Como sostiene Alain Badiou, el amor siempre es, a fin de cuentas, algo incontrolable, que nos sucede, que se nos escapa. Por eso pasa tan a menudo enamorarse de alguien que parece no cumplir la “lista de requisitos” de un sujeto, y que, las personas que sí la cumplen, no le muevan al sujeto ni un pelo. O, que cuando

se está buscando una cosa, de repente se encuentre otra.

### *3f. Comparaciones y conclusiones*

Retomando brevemente los aportes de los diez estudios que aquí intenté presentar, vemos que pueden señalarse una serie de puntos en común entre todos ellos, a pesar de toda su diversidad. El punto más fuerte, quizás, sea una concepción del amor como opuesto al individualismo y al egoísmo modernos, al utilitarismo del capitalismo, a la mercantilización y la cosificación, y a la disciplina laboral, como se deja entrever en los artículos de Lewkow, Speziale, Ramos Mejía y Fraga. Y esto, aunque también a veces el amor sea, por el contrario, otra expresión de la hipertecnologización y el neoliberalismo actuales, como mostraron Basanta y Linne. Pero concentrándonos sobre todo en los rasgos más rescatables del amor, podemos ver que éste es pensado y sentido, por los teóricos y por las personas comunes y corrientes, como sinónimo de singularidad y autenticidad (Lewkow, Speziale, Linne, Sessano, Meccia, Marentes); como opuesto a la rutina (Lewkow, Chuca, Marentes); como comunicación, diálogo, comprensión y respeto (Fraga, Sessano, Meccia); como amalgama social y colectiva, como activismo político (Speziale, Fraga); como transgresión de las prohibiciones, como transformación radical (Ramos Mejía, Fraga, Chuca); y, en definitiva, como algo que va cambiando sus formas a través del tiempo (Chuca, Basanta, Linne, Meccia).